

Miguel Ángel Serrano Monteavaro

LOS CONFLICTOS FRONTERIZOS EN
IBEROAMÉRICA Y LA INTEGRACIÓN EN
MATERIA DE SEGURIDAD Y DEFENSA (I)

LOS CONFLICTOS FRONTERIZOS EN IBEROAMÉRICA Y LA INTEGRACIÓN EN MATERIA DE SEGURIDAD Y DEFENSA (I)

Resumen:

Muchos de los conflictos que han agitado a Iberoamérica, tanto histórica como actualmente, son conflictos de carácter fronterizo, provocados por la falta de precisión de la cartografía o por las disputas de los recursos naturales

La integración, no sólo la cooperación, puede ser la solución de estos problemas, que afectan desde luego a la Seguridad y la Defensa. El autor, en una primera parte, hace un recorrido histórico de los conflictos, para luego, en una segunda, tratar el problema de la integración, y finalmente, en una tercera, la Seguridad y la Defensa, llegando incluso a proponer la creación de una Fuerza Iberoamericana de Emergencias.

Abstract:

Many of the conflicts that have troubled to Latin America, both historically and currently, are conflicts of frontier character, caused by the lack of precision in the mapping or the natural resource disputes.

The integration not only cooperation can be the solution of these problems, wich affect the safety course and defense. The author, in a first part, makes a historical overview of conflict, then, in a second, address the problem of integration, and finally, in third, Security and Defense, even to propose the creation of a Force Emergency Iberoamerican.

Palabras clave:

Iberoamérica, Fronteras, Conflictos Fronterizos.

Keywords:

Latin America, Borders, Border Conflict.

INTRODUCCIÓN

Antes de abordar el tema que nos ocupa, quisiéramos realizar, a modo de prudente “aviso a navegantes”, una declaración de principios, que va a guiar todo lo que venga después.

Existe entre los europeos el prurito, comprensible desde luego, de querer exportar, sin más, a otros países nuestro modelo político, las formas y modos de nuestro quehacer cotidiano, también cultural y social. Como se ha podido comprobar, estos buenos deseos no han dado los frutos apetecidos, tanto en Asia y África como en los países islámicos.

Respecto a Iberoamérica o Latinoamérica, los europeos siguen insistiendo en que los americanos son iguales o deberían ser muy parecidos a los europeos, pues han nacido y comulgan con la misma cultura greco-latina y los principios éticos judeo-cristianos.

Empeñados felizmente en la búsqueda de una ética común de ámbito mundial, imprescindible para la supervivencia de los Derechos Humanos, no nos parece mal aquel planteamiento; aunque no estemos plenamente de acuerdo con sus conclusiones. Gilles Lipovetsky, en su último libro “El Occidente globalizado”, nos dice precisamente que la gran aportación de Occidente a la Historia del mundo ha sido el reconocimiento de unos valores universales, entre ellos, los derechos individuales, y no la imposición de un modelo cultural a otras civilizaciones.

Desde luego, los criollos que intelectualmente protagonizaron los distintos procesos de la independencia americana de España se habían bañado en la cultura europea de la Ilustración y el Liberalismo, pero luego, de regreso a sus respectivos países, se vieron en la necesidad de respirar los aires que allí corrían, para bien y para mal, al igual que ocurre en similares ocasiones.

Así trascurrieron los dos primeros siglos de la historia de América, durante los que determinadas clases políticas y sociales pudieron vivir y gobernar “ellas solas”.

Sin embargo, parece que ahora, en el siglo XXI, las cosas ya no podrán seguir igual. El elemento indígena y africano, propio de aquellas tierras, se ha hecho presente cada vez más, y de forma irreversible.

Los europeos y los norteamericanos debemos contemplar entonces a Iberoamérica o Latinoamérica de otra manera. Como poseedores de sus propias formas culturales, de su manera peculiar de hacer política, de mantener las relaciones internacionales. No debemos intentar que sean y actúen como los europeos; entre otras cosas, porque muchos europeos

tampoco actúan de la misma manera, tal y como lo estamos comprobando ahora mismo, con motivo de la crisis económica.

¿TIENEN LAS FRONTERAS ALGÚN SIGNIFICADO HOY EN DÍA?

Si bien la Unión Europea (en este supuesto que nos ocupa ya no hablamos de los países europeos), como ejemplo de modernidad transnacional, conforma teóricamente un espacio geopolítico sin fronteras interiores, cara al exterior cuenta, sin embargo, con límites excluyentes, “líneas” que la diferencian de otros países, otras culturas, recorridos históricos diferentes, espacios económicos de distinto nivel, diversas religiones...

Pero hace bien poco, no debemos olvidarlo, Europa se vio envuelta en la cruenta II Guerra Mundial, cuyo estallido los países agresores justificaron en función de oscuras razones fronterizas; recuérdese el caso de Austria y los Sudetes. Pero, sin ir tan lejos, podríamos recordar que ayer mismo, la antigua Yugoslavia, tan próxima a la UE, fue el teatro de un conflicto de fronteras de carácter histórico, humano, religioso y cultural, que trajo consigo una auténtica catástrofe humanitaria.

Podemos decir entonces que hoy en día las fronteras continúan teniendo un significado propio, aunque quizás con algunos matices, sólo aparentemente novedosos.

Entre las disciplinas científicas, es la Geografía Humana la que trata más académicamente la realidad de las fronteras; sus aspectos humanos, culturales, geográficos, económicos, demográficos, medioambientales... y desde luego políticos.

Históricamente, las fronteras aparecieron a partir de unos autores sociales (reyes, caudillos, líderes religiosos), de los asentamientos de población, influencias disfuncionales de otros pueblos, accidentes geográficos, la climatología, los cultivos, la caza, el desarrollo de las distintas culturas... Estas fronteras siempre estuvieron sometidas a las más inesperadas variables, como por ejemplo, las herencias dinásticas, cambios climatológicos, guerras...

Así, poco a poco se fue conformando el mapa del mundo.

Hoy en día se habla también de las llamadas “fronteras interiores”, que separan, dentro de un mismo país, las regiones pobres de las regiones ricas, regiones con distintas lenguas, religiones o razas; e incluso, dentro de las grandes urbes, existen fronteras, que separan a los barrios ricos de los pobres. Son las “fronteras de la desigualdad”.

Es decir, la palabra frontera se nos presenta polimórfica; los seres humanos siguen marcando de cualquier manera su territorio, no hemos avanzado tanto como cabía esperar. Por otro lado, y ciñéndonos a las fronteras “políticas”, encontramos que unas pueden ser “lineales”, trazadas a cordel, sin tener en cuenta los asentamientos de población o los accidentes geográficos, por ejemplo, las que siguen un paralelo o un meridiano. También tenemos las fronteras “geográficas”, que siguen el curso de un río, la cima de una cordillera, la profundidad del mar. En otras ocasiones, los accidentes geográficos son utilizados para crear “espacios fronterizos”, que sirven como colchón que evite fricciones entre los países, como es el caso de ciertas zonas desérticas, lagos, selvas y mares interiores.

A la hora de trazar una frontera ningún criterio es baladí; la artificiosidad con que en 1884 se marcaron sobre el mapa las fronteras del África colonial, en el Congreso de Berlín, fue la causa de muchos conflictos, ya en el siglo XX.

Sin embargo, actualmente, los intereses políticos, que cada vez revisten más un carácter económico, priman sobre cualquier otra consideración cuando se sospecha que del subsuelo de un paraje puede manar petróleo o en una costa apartada se esconden ricas pesquerías, que en la profundidad de aquel desierto se encuentra una gran bolsa de gas, que la abundancia de agua dulce puede retrasar el temido cambio climático.

Por otro lado, continúan existiendo serios problemas a la hora de precisar una frontera entre dos países. Mapas mal dibujados, cartografía contradictoria, selvas impracticables o desiertos que muchas veces son utilizados de propio intento por dos países como “frontera líquida” o aún “frontera gaseosa”.

Las fronteras son también ocasión de intercambios culturales, económicos, sociales e incluso étnicos, de creación de núcleos de población, incremento de la riqueza idiomática..., beneficiosos para ambas partes. Las personas viajadas son testigos de lo que podríamos denominar “la cultura de la frontera”. Aunque, asimismo, esta porosidad puede provocar claras disfunciones, los llamados “conflictos fronterizos”.

LAS FRONTERAS EN AMÉRICA

La llegada de los españoles a América supuso, no hace falta extenderse en el tema, un auténtico revulsivo para los pueblos que allí vivían, pero también alteró o condicionó la vida de los españoles y de la propia España. Consecuencia todo ello de un típico choque de civilizaciones, como se dice ahora, aunque preferimos las felices conclusiones de Charles Mann, en “1493: Uncovering the New World Columbus Created”, o las moderadas de R.M.

Serrera en “La América de los Habsburgo”, mejor que las pesimistas de S. Huntington en “El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial”.

A la llegada de los españoles, los pueblos indígenas americanos dominantes vieron resquebrajarse sus estructuras políticas, y, a su vez, los pueblos dominados encontraron la oportunidad de liberarse de sus ataduras. Nada nuevo entonces bajo el sol americano. Esta conmoción del mapa ocasionó consiguientemente la desaparición de los límites fronterizos hasta ese momento conocidos entre los pueblos indígenas.

Hubo que recomponer el paisaje, al mismo tiempo que los españoles, pocos en número y no tan fuertes como parecía suponer, buscaron alianzas entre algunos pueblos indígenas; tanto para alcanzar la paz como para mejor configurar aquellas tierras para su explotación y defensa, cara a otros países europeos que comenzaron pronto a rondar por aquellas costas. A este fin, los españoles encontraron un instrumento idóneo en la tradición indígena de los “pactos”, técnica conciliatoria no exclusiva, por supuesto, de los americanos, que ha estudiado Carlos Lázaro en “Guerra y sociedad en las fronteras de América”.

En esta tarea, los españoles contaron con la inestimable colaboración, interesada desde luego, de los jesuitas y franciscanos.

La política “pactista” o de los “pactos” encontró en la Corte de los reyes austrias una excelente acogida, pues se correspondía con los modos de gobernar de aquella monarquía. Los reyes borbones fueron en principio reacios a la práctica de los “pactos”, dada su tendencia centralizadora y ordenancista, pero luego la aceptaron con gusto, sobre todo presionados por las apetencias americanas de portugueses, ingleses, franceses y holandeses. Por ejemplo, una de las primeras guerras post-conquista, de las más largas y cruentas, fue la llamada Guerra Chichimeca, que se desarrolló entre 1550 y 1600, alrededor de las minas de plata mexicana de Zacatecas, que finalizó mediante pactos y alianzas de los españoles con diversos pueblos indígenas.

Los españoles insistieron sobre todo en su política de pactos en zonas tan estratégicas como la limítrofe entre Perú y Bolivia, en las Pampas (con el fin de explotar pacíficamente la carne de vacuno que abastecía las nuevas ciudades), en el eje Paraguay, Brasil, Argentina (para detener la expansión portuguesa y tener libre la salida al Mar del Plata), en la Patagonia (con el objetivo de controlar el Estrecho de Magallanes), en el intento de pacificar la Araucaria (y proteger el espinazo del Pacífico)...

Ya en el siglo XIX, los criollos, que no los indígenas, insatisfechos con el sistema colonial español, el régimen al que los sometían los peninsulares americanos (funcionarios, religiosos y militares) e imbuidos por las ideas ilustradas soberanistas que circulaban por la misma Península ibérica, buscaron regir sus propios destinos. “Los pueblos de varias Provincias de la América en la desesperación con el exceso de tributos, injusticias y toda suerte de abusos, se han sublevado.” Francisco de Miranda (“Propuestas” 1790).

En un principio, los caudillos del proceso independentista no se rigieron por un espíritu específicamente nacionalista. El proceso de la independencia no tuvo en cuenta, por lo menos al comienzo, las demarcaciones de los virreinos, ni las capitanías, surgió en las urbes, donde los criollos y los mestizos eran mayoría.

Fue más tarde, en el momento en que empezaron a delimitarse las conquistas y aparecieron las rivalidades entre los caudillos y sus mentores, cuando comenzó a plantearse el problema de las fronteras de los territorios de las futuras naciones. No tuvieron entonces más remedio que intentar la recuperación de los límites de las antiguas colonias.

Pero las cosas no resultaron tan fáciles como la aplicación sin más del principio “uti possidetis juris”, es decir, “una nación que surge como consecuencia de un proceso descolonizador hereda las fronteras administrativas propias de la colonia, existentes en el momento de la independencia”, pues en muchos casos no coincidían las demarcaciones de los virreinos, las audiencias, las capitanías, las diócesis, las posesiones de las órdenes religiosas..., con las nuevas fronteras políticas.

De ahí proceden los primeros conflictos fronterizos en aquellas tierras, que se prolongarán hasta hoy, dando lugar incluso a la aparición tardía de nuevos países, como Uruguay y Ecuador, y a que, por ejemplo, México pudiese extender su frontera Norte hasta donde prácticamente alcanzasen sus fuerzas.

Aun así, poco a poco las fronteras se fueron consolidando, aunque surgieron nuevos problemas fronterizos y políticos que se pretende analizar con detalle en una segunda parte de: “Los conflictos fronterizos en Iberoamérica y la integración en materia de Seguridad y Defensa”.

*Miguel Ángel Serrano Monteavaro
Analista Principal del IEEE*